

LOS MEJORES CUENTOS DE
CIENCIA FICCIÓN

PRIMEROS CAPÍTULO PROMOCIONALES

Autores Varios

LOS MEJORES CUENTOS DE CIENCIA FICCIÓN



Colección
LOS MEJORES CUENTOS DE...

© MESTAS EDICIONES, S.L.
Avda. de Guadalix, 103
28120 Algete, Madrid
Tel. 91 886 43 80
Fax: 91 886 47 19
E-mail: info@mestasediciones.com
www.mestasediciones.com
<http://www.facebook.com/MestasEdiciones>
<http://www.twitter.com/#!/MestasEdiciones>
© Derechos de Traducción: Mestas Ediciones, S.L.
Correcciones: L.T.

Director de colección: J. M. Valcárcel

Ilustración de cubierta bajo licencia Shutterstock,
Autor: Alaver

Primera edición: *Octubre, 2022*
Segunda edición: *Abril, 2023*
Tercera edición: *Mayo, 2026*

ISBN: 978-84-18765-23-0
Depósito legal: M-19862-2022
Printed in Spain – Impreso en España

Reservados todos los derechos. Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra sólo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por ley.
Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos – www.cedro.org), si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

INTRODUCCIÓN

Ciencia ficción es imaginación, es creer en lo imposible hoy. No ayer, no mañana, sino en el presente, en el aquí y ahora. Es creer en extraterrestres, en monstruos, en tecnología que va más allá del entendimiento humano..., es creer en vidas o mundos paralelos, en nuestro poder de conquistar el espacio lejano e infinito, en que algún día seremos capaces de hacer todos nuestros sueños realidad... En definitiva, la ciencia ficción es creer en todo aquello irrealizable bajo el prisma de la actual razón humana. Es «responder a preguntas que no tienen respuesta hoy», como diría Ursula K. Le Guin, «es una inmensa metáfora» que va directa a nuestro subconsciente y nos habla de algo que conocemos, aunque no lo conozcamos.

«Son las preguntas que no podemos responder las que nos enseñan más. Nos enseñan cómo pensar. Si le das a un hombre una respuesta, lo único que gana es un pequeño hecho. Pero dale una pregunta y buscará sus propias respuestas. »

Frank Herbert

¿Qué diferencia hay entre literatura fantástica y de ciencia ficción? Ambas se ocupan de presentarnos pasados o futuros hipotéticos, donde nos hacen imaginar a los lectores otros mundos alternativos. La primera, que existe desde siempre, desde el principio de los tiempos, idealiza una realidad que jamás se cumplirá, fantasea, es decir, hace real lo que nunca será físicamente posible; mientras que la segunda, que es relativamente reciente, pues nació bien entrado el siglo XIX y predice, se ocupa de representar esa misma realidad aunque

de una manera que podría producirse solo si las condiciones científicas y humanas evolucionasen de tal manera que la hiciesen factible. Esa es la razón por la cual esta temática suele centrarse en el avance tecnológico como eje primordial de su estructura dramática. Philip K. Dick lo expresó de esta manera: «La fantasía trata de aquello que la opinión general considera imposible: la ciencia ficción trata de aquello que la opinión general considera posible bajo “determinadas circunstancias”». Y es verdad, esta afirmación pone los puntos sobre las íes; sin embargo, es tan fino el hilo que separa ambas tendencias que no es de extrañar que la mayoría de los mortales embarullemos ambos géneros en nuestra cabeza al hablar de ellos, dado que mezclan estilos y subtemáticas de forma habitual. Aun así, asociaríamos más con la fantasía los hechos sobrenaturales, la mitología (*El Señor de los Anillos*, de J.R.R. Tolkien, por ejemplo), y con la ciencia ficción las crónicas distópicas, viajes en el tiempo y los entornos con fuerte base científica y tecnológica (como *Yo, Robot*, de Isaac Asimov o *Dune*, de Frank Herbert). No obstante, en la actualidad se pueden observar con facilidad estas distinciones en el libro que nos ocupa, donde recopilamos obras maestras de la ciencia ficción más antigua, de la mano de algunos de los pioneros de esta temática, aunque las líneas que separan ambos géneros no son tan fáciles de diferenciar. Por eso los relatos que se incluyen en estas páginas toman lo mejor de ambos mundos, el fantástico y el de la ciencia ficción. Eso nos deja una excelente selección con piezas tan recomendadas como *El hombre de cristal*, *El reloj que marchaba hacia atrás*, *El hombre más capaz del mundo* y *El hombre sin cuerpo*, de Edward Page Mitchell, *El artista de lo bello*, de Nathaniel Hawthorne, *Los otros dioses* y *Lo innombrable*, de H. P. Lovecraft, *El mundo del hombre ciego* y *A quien pueda llegarle este escrito*, de Edward Bellamy y *Horror en las alturas*, de Arthur Conan Doyle.

«El lector de ciencia ficción pillá las ideas por anticipado, y tiene una actitud diferente hacia lo que lee. Sabe que el mundo va a desplegarse delante de él, y espera a conocer las reglas. Un académico dice inmediatamente: «¿Qué quiere decir con dos lunas?, ¿Qué simboliza esto?, ¿Está el personaje loco?». Porque la realidad, para el académico, no se cuestiona. Busca la metáfora. Y trata de leer metafóricamente lo que en la ciencia ficción se presenta de forma literal. La ciencia ficción sigue llena de metáforas, pero se presenta alegóricamente, con objetivos en la historia. El académico no está intelectualmente preparado. Mientras que el lector de ciencia ficción está preparado para leer tanto la ficción académica como la ciencia ficción.»

Orson Scott Card

Y dicho esto, esperamos que disfrutes de esta sesión de «literatura de anticipación», en la que se crean escenarios que invitan a la reflexión filosófica y social, y donde entran a debate el destino de la humanidad y los peligros a los que puede enfrentarse el hombre en la posteridad.

El editor

«Los Libros contienen en su interior la sabiduría recopilada de la humanidad, el conocimiento colectivo de los pensadores del mundo, la diversión y la excitación construida por la imaginación de la gente brillante. Los libros contienen humor, belleza, ingenio, emoción, pensamiento y de hecho, toda la vida. La vida sin libros está vacía.»

Terry Pratchett

EL HOMBRE DE CRISTAL

Edward Page Mitchell

I

Giraba corriendo hacia la Quinta Avenida desde una de las calles que la cruzan cerca del viejo depósito de agua a las 10:15 de la noche del 6 de noviembre de 1879, cuando me topé con un hombre que venía en dirección contraria a la mía.

La esquina estaba oscura y no pude distinguir a la persona con quien tuve el honor de chocar. Pero antes de haber podido recuperarme totalmente de aquel golpe, el instinto de una inteligencia como la mía, acostumbrada a la deducción, me había provisto de ciertos datos al respecto: el hombre pesaba más que yo y tenía unas piernas más sólidas, aunque su estatura era exactamente ocho centímetros menor que la mía. Llevaba un sombrero de copa, una capa de un tupido paño de lana y unos chanclos. Frisaba los treinta y cinco, había nacido en Estados Unidos y se había educado en una universidad alemana, puede que Heidelberg, quizá Friburgo. Era de temperamento con tendencia a la precipitación, lo cual no obstaba para que fuese de trato considerado y cortés. No se hallaba totalmente en paz con la sociedad y en su vida o en su actual premura había algo que deseaba ocultar.

¿Cómo podía saber todo aquello sin siquiera haber visto al desconocido y con solo una palabra proferida por sus labios? Bien, sabía que era más corpulento y estaba mejor asentado

sobre sus pies que yo porque él fue quien me lanzó hacia atrás. Sabía que mi estatura era de ocho centímetros más que la suya, pues la punta de mi nariz aún vibraba por el contacto con el ala dura y afilada de su sombrero. La mano que había levantado yo sin querer se había introducido bajo el borde de su capa. Calzaba zapatos de caucho, ya que no había oído sus pisadas. Para un oído atento y entrenado, el tono de voz indica la edad con la misma claridad que las arrugas de un rostro se lo indican a la vista.

En un primer instante de exasperación por mi torpeza, el desconocido había soltado un ¡Och!, exclamación que solo se le ocurriría en tal ocasión a un alemán. Sin embargo, la pronunciación de aquel vocablo gutural me indicó que quien hablaba de este modo era un norteamericano que había vivido en Alemania, no lo contrario, y que había recibido su educación alemana al sur del Meno.^[1] Por otra parte, incluso al expresar rabia, se notaba el acento del caballero y del erudito. El caballero no tenía una especial prisa, pero por algún motivo deseaba mantenerse de incógnito. Esa conclusión se desprendía del hecho de que se hubiese agachado para recoger mi paraguas y devolvérmelo tras escuchar en silencio mi disculpa, y de que reanudase su camino con el mismo silencio con que había aparecido.

Para mí es una cuestión de honor comprobar mis conclusiones cuando es posible. Así pues, volví a la calle transversal y seguí al desconocido hacia una farola situada media manzana más adelante. Mi desventaja no superaba los cinco segundos. No podía haber tomado otro camino, ni existía ningún otro. No se había abierto o cerrado ninguna puerta a lo largo de nuestro camino. Sin embargo, cuando llegamos a un lugar iluminado, no estaba la silueta que debería haberse perfilado delante de mí. No se veían ni al hombre ni a su sombra. Corrí

[1] Río de Alemania que discurre por el sur bañando ciudades como Fráncfort y que es el principal afluente del Rin.

tanto como pude para alcanzar la siguiente farola de gas y me detuve a escuchar bajo la luz.

La calle parecía desierta. Los rayos amarillentos solo se adentraban unos pasos en las tinieblas. No obstante, sí se veían los escalones y el vestíbulo de la casa de piedra marrón que se levantaba frente a la farola. Los números dorados sobre la puerta eran visibles y reconocí el edificio porque la cifra me resultaba familiar. Mientras aguardaba bajo la farola, pude oír un leve ruido sobre los escalones y el chirrido sordo de una llave en una cerradura. La puerta del vestíbulo de la casa se abrió lentamente para cerrarse a continuación de un portazo cuyo eco retumbó en la calle. Un segundo después se oyó el ruido de la puerta interior al abrirse y cerrarse. Nadie había salido. Si podía fiarme de mis ojos, nadie había entrado a solo tres metros de mí y a plena luz.

Vista la falta de material para aplicar un proceso deductivo preciso, me quedé un buen rato haciendo descabelladas conjeturas sobre la naturaleza de aquel curioso suceso. En ese momento, tuve esa vaga sensación que se apodera de nosotros ante lo inexplicable y que tanto se parece al miedo. Fue un alivio oír unos pasos en la acera de enfrente y, al girarme, ver a un agente de policía que jugueteaba con su porra negra mientras me observaba atentamente.

II

Como decía, la casa de color marrón cuya puerta se abrió y cerró a medianoche sin que mediase acción humana alguna me era más que familiar. Había salido de ella unos diez minutos antes, tras pasar una agradable velada con mi amigo Bliss y su hija Pandora. Era uno de esos edificios en los que cada piso es un apartamento. El segundo piso o apartamento lo había ocupado Bliss desde que volvió del extranjero, esto es,

hacía doce meses. Yo apreciaba a Bliss por sus excelentes cualidades humanas, pese a que su mente deplorablemente ilógica y acientífica me inspiraba una gran piedad, y adoraba a Pandora.

Que el lector sea amable y comprenda que mi admiración por Pandora Bliss no albergaba esperanzas y se había resignado a no tenerlas. En nuestro círculo de amistades imperaba el acuerdo tácito de que debía respetarse en todo momento la especial circunstancia de la joven de estar casada con un recuerdo. La queríamos con serenidad y sin pasión, lo bastante como para alimentar su coquetería sin herir la endurecida superficie de su corazón de viuda. Pandora, por su parte, se conducía con modestia. Sus suspiros no eran demasiado obvios cuando la cortejábamos y controlaba tan bien sus coqueteos que podía cortarlos cuando evocaba sus queridos y tristes recuerdos.

Creíamos apropiado expresarle su deber de olvidar el pasado muerto como si fuese un libro cerrado, pues era joven y bella, e instarla con respeto a que regresase a la vida y a la jovialidad. Pero considerábamos inadecuado insistir en el tema cuando ella replicaba que eso era absoluta y definitivamente imposible. Ignorábamos los detalles del trágico episodio de la experiencia europea de la señorita Pandora. Se sabía vagamente que, estando en el extranjero, había amado a un hombre que jugó con sus sentimientos, desapareció después y la dejó ignorante de su destino y con un perpetuo remordimiento por su errática conducta.

Bliss me había dado algunos datos sueltos sin suficiente congruencia para hacerme una idea de la historia. No existían motivos para creer que el enamorado de Pandora se hubiese suicidado. Se llamaba Flack y era un científico. Bliss creía que era un estúpido y, según su opinión, Pandora era otra estú-

pida al suspirar por él. Bliss opinaba que todos los científicos eran más o menos estúpidos.

III

Aquel año asistí a la cena de Acción de Gracias con los Bliss. Durante la velada quise asombrar a los invitados narrando mi misterioso encuentro nocturno con el desconocido. Pero mi relato no obtuvo el resultado apetecido. Dos o tres personas cambiaron miradas expresivas. Pandora, que se hallaba des-acostumbradamente meditabunda, escuchaba con aparente indiferencia. Su padre, con su incapacidad para comprender nada fuera de lo común, se rio abiertamente y llegó a cuestionar mi integridad como observador de fenómenos sobrenaturales. Enojado y quizá con mi fe en los milagros un poco vapuleada, me disculpé por retirarme temprano. Pandora me acompañó hasta la puerta.

—Su relato ha captado mi atención de un modo curioso —me dijo—. Yo también podría hablar de sucesos extraños dentro y alrededor de la casa que lo sorprenderían. Y creo que su naturaleza no me resulta del todo extraña. El triste pasado empieza a arrojar un rayo de luz, pero no nos precipitemos. Trate de indagar más a fondo. Hágalo por mí.

La joven suspiró al desearme las buenas noches. Me pareció oír un segundo suspiro más hondo, demasiado nítido para que fuese un eco. Empecé a bajar las escaleras. Había descendido media docena de escalones cuando sentí una mano masculina en mi hombro. Al principio creí que Bliss me había seguido hasta el vestíbulo para disculparse por su grosería. Me giré para recibir su amistosa disculpa, pero allí no había nadie. La mano me tocó de nuevo el brazo y me estremecí de temor pese a mis ideas filosóficas. Esta vez la mano me tiró de la manga de la chaqueta, como invitándome a subir las

escaleras. Subí uno o dos escalones y la presión en mi brazo se alivió.

Me detuve y la silenciosa invitación se repitió con una angustia que no dejaba dudas sobre sus deseos. Juntos subimos las escaleras. Aquella presencia abría la marcha y yo la seguía. ¡Qué trayecto tan alucinante! Los tramos estaban brillantemente iluminados con luz de gas. Pero yo no veía a nadie en la escalera más que a mí. Cerrando los ojos, la ilusión, si pudiese llamarse así, era perfecta. Podía oír, delante de mí, el crujido de las escaleras, las pisadas suaves pero audibles, sincronizadas con las mías, y hasta la respiración regular de mi acompañante y guía. Al extender el brazo podía rozar con los dedos el borde de su ropa: una pesada capa de lana ribeteada de seda.

Entonces abrí los ojos, que me confirmaron nuevamente que estaba completamente solo. Se me presentó entonces este dilema: cómo saber si la visión me estaba engañando, mientras que mis sentidos del oído y el tacto me daban indicios correctos, o si, por el contrario, mis oídos y mis dedos mentían y mis ojos decían la verdad. ¿Quién podría ser el árbitro cuando los sentidos se contradicen? ¿El raciocinio? La razón se decantaba por reconocer la presencia de un ser inteligente, cuya existencia negaban en redondo los sentidos más dignos de confianza. Llegamos al piso superior del edificio. La puerta que daba acceso al salón principal se abrió delante de mí sin que hubiese nadie para hacerlo.

Una cortina en el interior pareció descorrerse sola y mantenerse apartada el tiempo suficiente para entrar a un apartamento, cuyo interior mostraba el buen gusto y los hábitos de un erudito. Ardía un fuego de troncos en el hogar y las paredes estaban cubiertas de libros y cuadros. Las butacas eran amplias y acogedoras. No había nada misterioso o aterrador en la habitación, nada que contradijese unos muebles corrientes y molientes.

Mi mente ya estaba libre de los últimos restos de la sospecha de un fenómeno sobrenatural. Quizá estos fenómenos tuviesen una explicación racional y solo me faltaba una clave para interpretarlos. La conducta de mi invisible anfitrión revelaba un talante amistoso. Pude observar con calma una serie de manifestaciones de energía por parte de algunos objetos inanimados, al margen de cualquier acción humana. Para empezar, una amplia butaca se desplazó desde un rincón de la habitación y se arrimó a la chimenea. Luego un sillón Reina Ana de respaldo cuadrado salió de otro rincón y avanzó hasta detenerse frente al primero.

Una mesita de tres patas se elevó levemente sobre el piso y ocupó el espacio entre las dos butacas. Un grueso volumen en octavo se retiró, dejó su lugar en el estante y flotó con calma por el aire a una altura de un metro o algo más para posarse delicadamente en la mesa. Una pipa de porcelana exquisitamente pintada abandonó su soporte en la pared y se unió al volumen. Una petaca de tabaco saltó desde la repisa de la chimenea. La puerta de un gabinete giró sobre sus bisagras y un decantador de vino y un vaso iniciaron juntos un viaje para llegar simultáneamente a su destino. Todos los objetos de la habitación parecían animados por el espíritu de la hospitalidad.

Me acomodé en la butaca, llené el vaso de vino, encendí la pipa y examiné el volumen. Era el *Handbuch der Gewebelehre*,^[2] de Bussius, de Viena. Una vez que lo hube depositado en la mesa, se abrió en la página 443.

—No está nervioso, ¿verdad? —dijo en tono perentorio una voz situada a poco más de un metro de mi tímpano.

[2] Manual de la ciencia de los tejidos.

IV

La voz me era conocida. Era la que había oído en la calle, la noche del 6 de noviembre, cuando había exclamado ¡Och!

—No —dije—. No estoy nervioso. Soy un hombre de ciencia. Estoy acostumbrado a considerar que todos los fenómenos son explicables mediante las leyes naturales siempre que podamos descubrirlas. No, estoy tranquilo.

—Entonces mejor así. Es usted un hombre de ciencia, como yo —la voz parecía teñida de dolor—, un hombre valiente y amigo de Pandora.

—Discúlpeme —tercié—. Ya que se menciona a una dama, quisiera saber con quién o qué estoy hablando.

—Eso es precisamente lo que deseo decirle —repuso la voz— antes de pedirle que me haga un gran favor. Me llamo o me llamaba Stephen Flack. Soy o he sido ciudadano estadounidense. Mi actual estado legal es un misterio tan grande para mí como quizá lo sea para usted. Pero soy o era un hombre honesto y un caballero, y le ofrezco mi mano.

No vi mano alguna, pero extendí la mía y sentí la presión de unos dedos cálidos y llenos de vida.

—Bien —prosiguió la voz tras este silencioso pacto de amistad—, sea tan amable de leer el pasaje de la página por la que he abierto el libro que estaba en la mesa.

He aquí una traducción aproximada de lo que leí en alemán:

Dado que el color de los tejidos orgánicos que constituyen el cuerpo humano depende de la presencia de ciertos principios inmediatos de tercera clase, uno de cuyos elementos esenciales es el hierro, se deduce que la tonalidad puede variar según modificaciones químico-fisiológicas bien definidas. El exceso de hematina en los glóbulos de la sangre dará un color más rojizo a cada tejido. La melanina, que da el color al corioideo del ojo, al

iris y al cabello, puede aumentar o reducirse según leyes recientemente formuladas por Scharcht, de Basilea. En la epidermis, el exceso de melanina produce la piel negra y su deficiencia es responsable del albinismo. La hematina y la melanina, junto con la biliverdina de color gris-amarillento y la urocacina de color rojo-amarillento, son los pigmentos que dan los rasgos del color a los tejidos, los cuales serían transparentes o casi transparentes de otro modo. Lamento mi incapacidad para registrar el resultado de ciertos experimentos histológicos sumamente interesantes llevados a cabo por el infatigable investigador Froliker, que tuvo éxito al tratar de separar la decoloración rosada del cuerpo humano por medios químicos...

—Durante cinco años —prosiguió mi invisible compañero cuando concluí la lectura— fui alumno y ayudante de laboratorio de Froliker, en Friburgo. Bussius conjeturó solo a medias la importancia de nuestros experimentos. Obtuvimos resultados tan asombrosos que las autoridades exigieron que quedasen ocultos incluso para el mundo científico. Froliker murió. El pasado mes de agosto hizo un año. Tenía mucha fe en el genio de este gran pensador y hombre admirable. Si me hubiese recompensado mi incuestionable lealtad con su confianza, yo no sería ahora un pobre despojo humano. Pero su natural reservado y los celos profesionales con los que todos los eruditos guardan sus resultados no comprobados me dejaron in albis sobre las fórmulas esenciales que regían nuestros experimentos.

»Como discípulo suyo conocía los detalles concretos de los trabajos, pero mi maestro era el único poseedor del secreto fundamental. Por eso tengo que soportar una desgracia más terrible que las desgracias que cualquier otro ser humano pueda haber sufrido desde que Dios maldijo a Caín. Al principio, tratamos de ampliar y variar la cantidad de materia pig-

mentaria en el sistema. Por ejemplo, al aumentar la proporción de melanina transportada desde el alimento a la sangre, pudimos hacer de un hombre rubio un moreno, y de un moreno un negro africano. Casi no había tono que no pudiésemos dar a la piel, modificando y variando nuestras combinaciones.

»Los experimentos solíamos probarlos conmigo. En varias ocasiones fui de color cobrizo, azul violeta, carmesí y amarillo-cromo. Durante una semana mi cuerpo mostró todos los colores del arcoíris, y sigue quedando un testigo de la curiosa índole de nuestra labor durante este período.

La voz hizo una pausa y segundos después sonó una campanilla de mano que estaba sobre la repisa. Al instante entró arrastrando los pies un anciano con un casquete ceñido.

—Kaspar, enséñale el pelo a este caballero —ordenó la voz en alemán.

Sin mostrarse sorprendido, como si estuviese ya acostumbrado a recibir órdenes desde el espacio vacío, el anciano criado hizo una reverencia y se quitó el casquete. Los escasos mechones que quedaron al descubierto eran de un brillante verde esmeralda. No pude evitar una exclamación de asombro.

—El caballero cree que tienes un pelo muy bonito —dijo la voz en alemán—. Eso es todo Kaspar.

Tras ponerse de nuevo el casquete, el criado se retiró con una expresión de vanidad satisfecha en el rostro.

—El viejo Kaspar era el criado de Froliker y ahora es el mío. Fue el sujeto de una de las primeras aplicaciones del proceso. El buen hombre quedó tan satisfecho con el resultado que no quiso que devolviésemos el color original a su pelo. Es un alma fiel y mi único intermediario y representante ante el mundo visible.

»Vayamos a la historia de mi desgracia —prosiguió Flack—. El gran histólogo con quien tuve el honor de asociarme dirigió su atención hacia otra rama de la investigación, más interesante si cabe. Hasta entonces solo había tratado de aumentar o modificar los pigmentos de los tejidos. Comenzó una serie de experimentos buscando la posibilidad de eliminarlos completamente del sistema mediante la absorción, la exudación y el uso de los cloruros y otros agentes químicos que actúan sobre la materia orgánica. ¡Y el éxito fue total!

»Me sometí de nuevo a los experimentos supervisados por Froliker, que solo me contó lo imprescindible sobre el secreto del proceso. Durante semanas permanecí en su laboratorio sin ver a nadie y sin que me viesen, salvo el profesor y su fiel Kaspar. Herr Froliker actuaba con cautela, examinando de cerca el efecto de cada nueva prueba y avanzando gradualmente. Nunca llegaba tan lejos en un experimento como para que fuese imposible deshacer lo hecho. Siempre dejaba un camino fácil para retroceder. Por eso me sentía seguro en sus manos y me sometía a lo que me pidiese.

»Gracias a los preparados blanqueadores que el profesor me había administrado en combinación con detergentes muy eficaces, me puse pálido al principio, blanco, incoloro como un albino, pero sin que se resintiese mi salud. Mi cabello y mi barba parecían lana de vidrio y mi piel era como el mármol. El profesor estaba satisfecho con los resultados y decidió no continuar, así que me devolvió a mi color normal.

»En el siguiente experimento y en los posteriores, permitió que sus agentes químicos se afirmasen más en los tejidos de mi cuerpo. Me puse blanco como un hombre que no se ha expuesto al sol e incluso ligeramente translúcido, como una estatuilla de porcelana. Después detuvo sus experimentos y me devolvió mi color natural, permitiéndome ir al exterior. Dos meses después era más que translúcido. Quizá haya

visto usted esos animales marinos como la medusa, cuyos contornos son casi invisibles para el ojo humano. Pues yo era en el aire lo mismo que la medusa en el agua. Era casi del todo transparente, solo si me miraba de cerca el viejo Kaspar podía descubrir dónde estaba en la habitación cuando venía a traerme comida. Kaspar atendía mis necesidades cuando debía permanecer encerrado.

—Pero ¿y su ropa? —pregunté interrumpiendo la narración de Flack—. Deben haber destacado sobre el cuerpo.

—¡Ah, no! —dijo Flack—. El espectáculo de un traje en apariencia vacío moviéndose por el laboratorio era demasiado grotesco hasta para el serio profesor. Para proteger su seriedad tuvo que desarrollar un método para aplicar su proceso a la materia orgánica inerte, la lana de mi capa, el algodón de mis camisas y el cuero de mis zapatos. Así quedé vestido como ahora.

»En aquella etapa de nuestros experimentos, cuando ya había logrado una transparencia casi total y, por ello, una invisibilidad completa, conocí a Pandora Bliss. Un año antes, en julio, en uno de los intervalos de nuestros trabajos, en un momento en que aún tenía mi aspecto natural, fui a la Selva Negra para recuperarme. Conocí y admiré a Pandora por primera vez en la aldehuela de San Blasino. Ellos venían de los saltos del Rin e iban de viaje hacia el norte. Yo cambié mi viaje y también fui al norte. En la Posada Stern me enamoré de Pandora y en el pico del Feldberg ya la quería con locura. En el Hollenpass estaba dispuesto a sacrificar mi vida por una palabra agradable de sus labios. Estando sobre el Hornisgrinde le supliqué que me dejase arrojarme desde la cima de la montaña hacia las tenebrosas aguas del Mummelsee como prueba de mi devoción hacia ella.

»Ya conoce a Pandora, así que no es preciso que trate de disculpar mi obsesión cada vez mayor. Ella coqueteó conmigo,

se rio, paseó en carruaje, recorrimos juntos los senderos por los verdes bosques, subimos cuevas tan empinadas que hacerlo juntos era un abrazo delicioso y prolongado. Habló de la ciencia y los sentimientos. Supo de mis esperanzas y mi entusiasmo. Me humilló, me trató con desprecio, me volvió loco a su dulce antojo, todo mientras el positivista de su padre daba cabezadas en los salones de las posadas leyendo los artículos financieros de los últimos periódicos de Nueva York. Pero ni siquiera hoy sé si realmente me amaba. Cuando el padre de Pandora supo a qué me dedicaba y mis perspectivas futuras, decidió cortar nuestro dulce idilio. Supongo que me consideraba como a los prestidigitadores profesionales y a los charlatanes de feria. Traté en vano de explicarle que sería famoso y probablemente, rico.

—Cuando sea usted famoso y rico —observó con una sonrisa—, me agradará mucho verlo en mi oficina de Broad Street.

Se llevó a Pandora a París y yo volví a Friburgo.

Pocas semanas después, una brillante tarde de agosto, estaba en el laboratorio de Froliker, invisible ante cuatro personas casi al alcance de mi mano. Kaspar estaba detrás de mí, lavando unas probetas con una sonrisa orgullosa en el semblante, Froliker miraba fijamente el lugar donde sabía que estaba yo. Dos profesores colegas, convocados con algún pretexto, me empujaban sin saberlo con los codos, mientras discutían no sé qué nimiedades. Podrían haber oído los latidos de mi corazón, estoy seguro.

—A propósito, Herr Profesor —preguntó uno de ellos a punto de irse— ¿ha vuelto ya de sus vacaciones su ayudante, Herr Flack?

La prueba había sido un éxito. En cuanto estuvimos a solas, el profesor Froliker sujetó mi mano invisible, como lo hizo usted esta noche. Estaba de un humor excelente.

—Mi querido amigo, mañana terminará nuestra tarea —dijo—. Aparecerá usted o, mejor dijo, no aparecerá ante la asamblea plenaria de la universidad. He enviado invitaciones por telégrafo a Heidelberg, a Bonn y a Berlín. Schrotter, Haec-kel, Steinmetz y Lavallo estarán allí. Nuestro triunfo tendrá lugar en presencia de los físicos más eminentes de nuestro tiempo. Entonces revelaré los secretos de nuestro proceso, esos que he mantenido en secreto hasta ahora incluso para usted, mi colaborador y amigo de confianza. Pero usted compartirá mi gloria. ¿Qué es eso que he oído sobre un pajarillo que ha volado? Hijo mío, pronto tendrá pigmento suficiente y podrá ir a París a buscarla llevando la fama en sus manos y las bendiciones de la ciencia sobre su cabeza.

A la mañana siguiente, 19 de agosto, antes de que me levantara de mi catre, Kaspar entró corriendo en el laboratorio.

—¡Herr Flack! ¡Herr Flack! —dijo con voz entrecortada—. Herr Profesor acaba de fallecer de una apoplejía.

V

El relato había tocado su fin. Me quedé sentado, pensando en lo que había oído. ¿Qué podía hacer? ¿Qué podía decirle? ¿Cómo podría consolar a aquel desdichado?

Flack, invisible, sollozaba con amargura. Fue el primero en hablar:

—¡Es cruel, muy cruel! Sin haber cometido ningún crimen ante los ojos humanos, ningún pecado ante la vista de Dios, estoy condenado a un destino mil veces peor que el infierno. Debo caminar sobre la Tierra como un hombre que vive, ve y ama como los demás mientras que se levanta una barrera para toda la eternidad entre mi persona y todo lo que hace que la vida merezca la pena. Hasta los fantasmas tienen forma. Mi vida es una muerte en vida; mi existencia, el olvido eterno.

Ningún amigo puede mirarme a la cara. Si estrechase contra mi pecho a la mujer que amo, le inspiraría un inefable terror. La veo casi a diario. Rozo sus vestidos cuando paso junto ella en las escaleras. ¿Me amaba? ¿Me ama? Si lo supiese, ¿no sería mi maldición más cruel todavía? Pero si lo he traído aquí es para averiguar la verdad.

Entonces cometí yo el mayor error de mi vida.

—¡Anímese! —dije alegremente—. Pandora siempre lo ha amado.

Cuando vi que la mesa se volcaba bruscamente, comprendí que Flack se había puesto en pie con vehemencia. Sus manos me apretaban los hombros con ferocidad.

—Sí —proseguí—, Pandora se ha mantenido fiel a su recuerdo. No hay motivo para desesperarse. El secreto del proceso de Froliker murió con él, pero ¿por qué no puede ser descubierto de nuevo mediante experimentos y deducciones desde el principio, con la ayuda que usted mismo puede prestar? Tenga valor y esperanza. Ella lo ama. Dentro de cinco minutos lo oírás de sus propios labios.

Jamás había oído un gemido de dolor tan triste como su gozoso grito de júbilo. Bajé corriendo las escaleras para llamar a la señorita Bliss. Le expliqué la situación en pocas palabras. Para mi sorpresa, no se desmayó ni perdió los nervios.

—Claro que lo acompañaré —dijo con una sonrisa que no supe interpretar.

Me siguió hasta el apartamento de Flack y escudriñó con calma cada rincón del salón con una sonrisa congelada en el rostro. No podría haber mostrado más aplomo si hubiese entrado en un elegante salón de baile. No manifestó asombro ni terror cuando le agarró la mano una mano invisible y cuando unos labios que nadie podía ver la cubrieron de besos. Escuchó con calma el torrente de palabras amorosas y acariciadoras que mi desdichado amigo vertía en sus oídos. Asom-

brado e inquieto, observaba yo aquella escena tan extraña que se desarrollaba delante de mí.

Entonces la señorita Bliss retiró la mano.

—Lo cierto, señor Flack —dijo con una leve risa—, es que usted es bastante demostrativo. ¿Adquirió esa costumbre en Europa?

—Pandora —oí decir—, no entiendo.

—Quizá considere estas efusiones como un privilegio de su invisibilidad —prosiguió ella con calma—. Déjeme que lo felicite por el éxito de su experimento. Su profesor debía ser un hombre inteligentísimo... ¿Cómo se llamaba? Podría amasar usted una fortuna exhibiéndose como un fenómeno.

¿Era aquella la mujer que durante meses había mostrado desconsuelo por la pérdida de este mismo hombre? Yo estaba atónito. ¿Quién puede analizar los motivos de una mujer coqueta? ¿Qué ciencia es lo bastante profunda como para aclarar sus veleidades?

—Pandora —exclamó de nuevo el hombre invisible con voz asombrada—. ¿Qué significa esto? ¿Por qué me recibes así? ¿Es todo lo que tienes que decirme?

—Creo que sí —repuso ella con indiferencia yendo hacia la puerta—. Es usted un caballero y no tengo que pedirle que me ahorre más molestias.

—Su corazón es un témpano —musité cuando pasó a mi lado—. Es indigna de él.

Kaspar acudió al oír el desesperado grito de Flack. Con el instinto adquirido durante años de leal servicio, el anciano fue al lugar donde estaba su señor. Lo vi agarrar algo en el aire como si forcejease con él, tratando de detener al hombre invisible, pero fue arrojado violentamente a un lado. Tras recuperarse, se quedó atento un instante, con el cuello distendido y el rostro pálido. Después salió corriendo de la habitación y

fue escaleras abajo. Lo seguí. La puerta de calle estaba abierta. Vi a Kaspar dudar unos segundos en la acera. Finalmente corrió hacia el oeste por la calle, tan deprisa que apenas pude mantenerme a su lado. Era casi medianoche. Cruzamos una avenida tras otra. Un murmullo inarticulado de satisfacción escapó de los labios de Kaspar. Delante de nosotros vimos a un hombre, parado en la esquina de una de las avenidas, que cayó repentinamente al suelo. Seguimos corriendo sin amornar la velocidad. Podía oír unas rápidas pisadas delante de nosotros. Agarré a Kaspar del brazo y él asintió con la cabeza.

Casi sin aliento, sabía que no pisábamos ya el pavimento, sino que caminábamos sobre tablones, entre una confusión de maderos. Ya no había más luces delante, sino el vacío en tinieblas. Kaspar dio entonces un salto asombroso, agarró algo que se le escapó, cayó de espaldas y profirió un grito de terror.

Se oyó un chapoteo sordo en las tenebrosas aguas del río a nuestros pies.

EL ARTISTA DE LO BELLO

Nathaniel Hawthorne

Un anciano paseaba por la calle con su hermosa hija del brazo y pasó de la oscuridad de la tarde nublada a la luz que bañaba la acera desde el escaparate de una tiendecita. Era un escaparate saledizo. En el interior colgaba una multitud de relojes de oropel, de plata y uno o dos de oro, todos con la esfera de espaldas a la calle, como si no quisiesen informar a los paseantes de la hora. Sentado en la tienda, en diagonal con respecto al escaparate, con el rostro pálido inclinado con aire serio sobre un delicado mecanismo sobre el cual caía el brillo concentrado de una pantalla, había un joven.

—¿Qué estará haciendo Owen Warland? —murmuró el viejo Peter Hovenden, también relojero, ya jubilado, y maestro de ese joven cuya ocupación ahora le intrigaba—. ¿Qué estará haciendo? Hace seis meses que siempre que paso frente a su tienda lo veo igual de atareado que ahora. Con sus tonterías habituales, le quedaría un poco grande buscar el movimiento perpetuo, pero sé lo bastante de la profesión como para estar seguro de que no trabaja en la maquinaria de un reloj.

—Padre —dijo Annie sin mostrar demasiado interés—. Tal vez Owen esté inventando un nuevo tipo de cronómetro. Yo creo que tiene suficiente ingenio para eso.

—¡Bah, niña! No tiene ingenio para crear nada mejor que un muñeco articulado —repuso el padre, que en otras oca-

siones se había sentido humillado por el genio irregular de Owen Warland—. ¡Menudo ingenio! Que yo sepa, lo único que ha hecho fue acabar con la precisión de algunos de los mejores relojes de mi tienda. ¡El sol se saldría de su órbita y alteraría el curso del tiempo antes de que su ingenio, como he dicho, pudiese captar algo más importante que un juguete!

—¡Calle, padre! ¡Le está oyendo! —susurró Annie presionando el brazo del anciano—. Sus oídos son tan finos como sus sentimientos y ya sabe lo fácilmente que se alteran. Sigamos andando.

Peter Hovenden y su hija Annie continuaron sin hablar más hasta entrar en una calle secundaria y cruzaron la puerta abierta de una fragua. Dentro estaba la forja, que ahora ardía e iluminaba el techo alto y oscuro, ciñendo su brillo a una estrecha franja del suelo cubierto de carbón, dependiendo de si el fuelle expulsase o tomase aire desde su gran pulmón coriáceo. En los intervalos de brillo se distinguían los objetos de los rincones más apartados del taller y las herraduras colgadas de la pared. En la momentánea penumbra, el fuego parecía brillar en medio de la vaguedad de un espacio abierto.

Moviéndose entre esa sucesión de brillo rojizo y oscuridad surgió la figura del herrero, que debía ser visto bajo ese aspecto pintoresco de luz y sombras, cuando las refulgentes llamas luchaban con la negrura, como si cada una extrajese su fuerza de la otra. Sacó entonces de entre el carbón una barra candente de hierro, la dispuso sobre el yunque, elevó su brazo hercúleo y enseguida se vio rodeado de las chispas que los golpes de su martillo esparcían por la oscuridad reinante.

—Esto sí que da gloria verlo —dijo el viejo relojero—. Yo sé lo que es trabajar con el oro, pero después de decirlo y hacerlo todo, dame a quien trabaja el hierro. Eso es trabajar sobre la realidad. ¿Qué me dices, Annie, hija?

—Por favor, padre, no hable tan alto —susurró Annie—. Robert Danforth va a oírlo.

—¿Y qué si me oye? —repuso Peter Hovenden—. Te repito que es bueno y sano depender de la fuerza y la realidad, ganarse el sustento con el brazo desnudo y fuerte de un herrero. Un relojero confunde su cerebro con los engranajes dentro de una rueda, o pierde la salud o el don de la vista, como me ocurrió a mí, y a una edad mediana o poco después descubre que no puede seguir trabajando en lo suyo y que no vale para otra cosa y, aun así, es demasiado pobre para vivir con holgura. Por eso te lo repito, dame ganarse el sustento principalmente con la fuerza. Además, ¿cómo le roba la sensatez a un hombre! ¿Has oído alguna vez de un herrero tan loco como ese Owen Warland?

—¡Bien dicho, tío Hovenden! —gritó Robert Danforth desde la forja, con una voz llena, profunda y alegre que arrancó ecos en el techo—. ¿Y qué dice la señorita Annie de eso? Supongo que pensará que es más de caballeros arreglar el reloj de una dama que forjar una herradura o una parrilla.

Annie tiró de su padre hacia delante sin darle tiempo a responder. Pero volvamos al taller de Owen Warland y detengámonos en su historia y su carácter más de lo que harían Peter Hovenden, su hija Annie o el antiguo compañero de escuela de Owen, Robert Danforth. Desde que sus deditos pudieron agarrar una navaja, Owen destacó por su fino ingenio, que a veces le permitía tallar bonitas figuras de madera, sobre todo de flores y aves, y otras veces parecía apuntar a los enigmas de los mecanismos. Pero siempre lo hacía buscando la armonía, jamás una pobre imitación de lo útil. Jamás, como solía hacer la masa de artesanos escolares, construía molinillos de viento en la esquina de un granero, o molinos de agua sobre el cauce más próximo.

Quienes descubrieron en él una peculiaridad que los llevase a pensar que merecía la pena observarlo, tenían motivos para suponer en ocasiones que trataba de imitar los bellos movimientos de la naturaleza, como se ejemplifica en el vuelo de las aves o en la actividad de los animalillos. De hecho, parecía una nueva explotación del amor a lo hermoso, que podría haberlo transformado en poeta, pintor o escultor, y que había afinado toda rudeza utilitaria, como habría podido sucederle en cualquiera de las bellas artes. Contemplaba con especial desagrado los procesos rígidos y regulares de la maquinaria corriente. Un día en que lo llevaron a ver una máquina de vapor, creyendo que se vería premiada su comprensión intuitiva de los principios mecánicos, se quedó blanco y se mareó, como si le hubiesen mostrado algo monstruoso y antinatural.

Aquel horror se debió en parte a las dimensiones y la terrible energía del trabajador de hierro, pues el carácter de la mente de Owen era diminuto y, por naturaleza, tendía a lo chico según su estructura pequeña y con la maravillosa menudencia y el delicado poder de sus dedos. No es que su sentido de la belleza se redujese con aquello hasta convertirse en un sentir de lo bonito. La idea de belleza no guardaba relación con el tamaño y también podía desarrollarse en un espacio minúsculo para que solo cupiese una investigación microscópica. Era así tanto como por la amplia distancia que se mide por la separación del arco iris. En todo caso, esta minuciosidad típica de sus objetos y logros hizo que la gente fuese menos capaz aún de apreciar el genio de Owen Warland. Sus familiares no vieron que se pudiese hacer nada mejor que ponerlo de aprendiz de un relojero, tal vez no hubiese nada mejor, esperando que así se pudiese regular su extraño ingenio y sirviese para algo útil.

La opinión de Peter Hovenden sobre su aprendiz ya la conocemos. No podía sacar nada del joven. Es verdad que Owen captó los misterios profesionales con una rapidez inconcebi-

ble. Sin embargo, olvidaba o despreciaba el principal objetivo de la profesión de relojero, interesándose por la medición del tiempo tanto como si este se hubiese fundido con la eternidad. No obstante, mientras permaneció bajo el cuidado de su maestro, debido a su falta de fuerza se pudo limitar su excentricidad creativa por medio de órdenes estrictas y una vigilancia estrecha. Sin embargo, apenas terminó el aprendizaje y se hizo cargo del taller que Peter Hovenden tuvo que abandonar por problemas de visión, la gente comprendió que Owen Warland no era la persona idónea para conseguir que el ciego padre Tiempo recorriese su diario devenir.

Uno de sus proyectos más racionales fue conectar un dispositivo musical a la maquinaria de sus relojes, de modo que las duras disonancias de la vida se armonizasen y cada momento pasajero se precipitase hacia el abismo del pasado dentro de doradas gotas armónicas. Si le confiaban la reparación de un reloj familiar —uno de esos relojes altos y antiguos que casi son aliados de la naturaleza humana tras haber medido la vida de varias generaciones—, arreglaría una danza o profesión funeraria de figuras por delante de su venerable esfera, representando doce horas alegres o melancólicas. Varias rarezas de este tipo acabaron con el prestigio del joven relojero para esa clase de personas solemnes y amantes de los hechos que sostienen la opinión de que no se debe jugar con el tiempo, ya que lo consideran el medio de avanzar y prosperar en este mundo o de prepararse para lo que está por venir.

Su clientela disminuyó a ojos vistas, cosa que posiblemente Owen Warland consideró uno de sus mejores accidentes, pues cada vez estaba más absorto en una ocupación secreta que le exigía toda su ciencia y habilidad manual, dando también pleno empleo a las tendencias propias de su ingenio. Llevaba ya varios meses en esa búsqueda.

Fin de la edición promocional